

# Vida intelectual y literatura

*Mario Campaña*

Como en la mayoría de los países sudamericanos, la vida intelectual ecuatoriana de la segunda mitad del siglo XX estuvo animada por personalidades procedentes social y culturalmente de las clases blancas y mestizas, con general exclusión de la población indígena, andina, costeña y amazónica, así como de las comunidades negras. Ello ha así porque, como en todos los países, la vida intelectual ha estado íntimamente ligada a los procesos políticos y económicos. La estructura social ecuatoriana ha determinado que, con muy pocas excepciones, los intelectuales, artistas e investigadores procedan sólo de las clases dirigentes, de familias blancas de ascendencia europea –por razones históricas–, cuyo capital económico en algunas –escasas– ocasiones se tradujo en capital cultural; o de las clases medias, que ascendieron en la escala social gracias al crecimiento del Estado y a la paulatina expansión y modernización de la economía, accediendo así a bienes culturales antes exclusivos de los sectores de mayor poder económico.

En Ecuador la vida intelectual y literaria de la segunda mitad del siglo XX se desarrolló fundamentalmente en Quito, la capital, y Cuenca, una pequeña ciudad andina con fuerte influencia española, mientras Guayaquil, la ciudad más poblada y con mayor desarrollo económico, después de unas décadas de brillante producción literaria experimentó el que quizá sea el período de más grave indigencia intelectual de toda su historia, a consecuencia de la dirección seguida por la economía y la política en la región.

La producción intelectual estuvo marcada en buena parte de la segunda mitad del siglo por una urgente necesidad de definir una identidad nacional. Esta necesidad, respondiendo a una larga tradición, estuvo también vinculada a la derrota militar y el desmembramiento territorial sufrido en la guerra con Perú de 1941. Los intelectuales ecuatorianos asumieron la tesis que señalaba el desarrollo cultural como vía para la recuperación de la cohesión perdida en las batallas. La tendencia hacia lo autóctono aparecida vigorosamente en las déca-

das anteriores, en la obra de los novelistas del Grupo de Guayaquil y en *Huasipungo* de Jorge Icaza, especialmente, encontró entonces una continuidad en el terreno de las política cultural y la literatura. Los años 50 vieron el afinamiento de la obra de Benjamín Carrión, empeñado en imaginar el país como una pequeña gran nación, y los poemas emblemáticos de César Dávila Andrade y Hugo Salazar Tamariz, que se proponían pensar poéticamente qué y cuál era el presente, el pasado y el futuro de Ecuador.

Esos intentos ocurrían en un ámbito en que lo político y lo literario tendían a mezclarse, porque durante mucho tiempo el campo intelectual ecuatoriano estuvo formado de modo principal por la historia política y la literatura, destacada de las demás artes en la medida en que mantiene, por su propia naturaleza, el más elevado substrato intelectual. Freud creía que los sueños son pensamientos y en el mismo sentido cabe pensar que los poemas, las novelas y los cuentos también lo son; son formas de pensamiento, como todo discurso artístico. La pintura, la danza, la escultura, la música son pensamiento: modos de explorar y conocer. Uno de los mayores filósofos del continente americano, el argentino Arturo Andrés Roig, quien estuvo radicado en Quito durante casi diez años, creyó que la filosofía ecuatoriana se hallaba en las páginas de sus literatos: en Montalvo y Espejo, por ejemplo. Pese a tan calificado testimonio, cabe afirmar que sí ha existido una filosofía profesional en Ecuador, y que ésta no ha sido ajena a las necesidades más acuciantes del país. En ese sentido, el mismo Roig y su trabajo acerca de la ética ha sido una de las más influyentes presencias. Hernán Malo González y Julio Terán Dutari, que fueron rectores de la Pontificia Universidad Católica de Quito, quizá sean los nombres más importantes en ese campo del pensamiento, en el que también habría que destacar, en otra línea de trabajo, a Bolívar Echeverría, que en México ha llevado adelante una brillante exploración acerca de la modernidad y el barroco latinoamericanos.

Sin embargo, el cumplimiento de las tareas asumidas por la intelectualidad ecuatoriana, según lo mencionado más arriba, ha encontrado el más importante escollo. Aunque oculto, y por eso mismo quizá más pernicioso de lo que pueda sospecharse, un gran dilema parece yacer en el fondo de la vida cultural ecuatoriana, si bien nosotros no estamos en condiciones de hacer más que tímidos tanteos en el tema, una rápida enunciación a partir de observaciones menores. Ese dilema, creo, es el de la tradición cultural. ¿A qué historia, a qué tradición cultural

debería ser fiel, cultivar y prolongar el intelectual ecuatoriano? ¿Cuál debería ser la finalidad de su trabajo?Cuál es la tradición cultural que nos alimenta en términos reales: ¿la europea, que en otros países de América del Sur, Argentina, Uruguay y Chile, por ejemplo, se asume con toda comodidad, pues está arraigada en la misma experiencia vital de sus habitantes, provenientes en buena parte de las grandes olas migratorias españolas, francesas, italianas y alemanas, una vez eliminada casi totalmente la población autóctona, pero que en Ecuador carece de presencia determinante? ¿La andina, que en países como Perú o México, incluso en Bolivia, conforma un pasado de excepcional riqueza, pero que en Ecuador apenas si aporta elementos míticos menores, incapaces en todo caso de unificar espiritualmente todas las regiones? La cultura ecuatoriana asumió, según dije al principio, como una de sus grandes tareas en los años 40 y 50 la elaboración de elementos simbólicos para la fundación de la nación, pero todo ello fue abandonado posteriormente. Hoy los intelectuales y la clase media rechazan lo indígena y en general lo autóctono, y los escritores, careciendo de vínculos suficientes con la tradición europea, tienden a asimilar todo cuanto pueda contribuir a la elaboración de sus relatos en una atmósfera propia. Como una nueva versión de esta ambigüedad y esta dicotomía, un debate todavía incipiente enfrenta hoy a quienes proclaman la conveniencia (pues se trata de eso, de conveniencia) de utilizar escenarios y problemáticas «cosmopolitas» y a quienes rechazan que sea suficiente con ordenar a la computadora que «donde dice Lomas de Sargentillo diga Londres» (como irónicamente ha escrito el poeta Fernando Balsera) y conminan así a continuar una indagación propiamente estética.

Dos hechos de orden social, ocurridos en las dos principales ciudades del país, tuvieron especial repercusión en la vida intelectual ecuatoriana de las últimas décadas del siglo XX. En primer lugar, la fundación en Quito, en 1982, del periódico *Hoy*, de tendencia socialdemócrata, que puso en circulación importantes suplementos culturales, ganó rápidamente audiencia en la clase media y consiguió articular a buena parte de los intelectuales que habían integrado el llamado Frente Cultural durante el período de las dictaduras. En el contexto de los gobiernos de la Democracia Cristiana y de la Socialdemocracia, ese periódico creció impulsando una cultura crítica, a la vez que en un verdadero esfuerzo de lucha ideológica se fortalecía la Corporación Editora Nacional, se fundaba la editorial El Conejo, orientada hacia la izquierda, que procuraba el desarrollo de una cultura nacional; el

Banco Central profundizaba su apoyo a importantes programas de recuperación de la memoria, como el Archivo Histórico, y la Casa de la Cultura, creada por la revolución de 1944, parecía por fin estar en condiciones de jugar un rol relevante.

El otro hecho ocurrió en Guayaquil y tuvo consecuencias nefastas. Fue el colapso de la Universidad Estatal, que durante muchos años había sido una verdadera *alma mater* de la ciudad y se había convertido después en foco de la oposición a toda clase de medidas antipopulares. Probablemente infiltrada por la policía política de las dictaduras y en todo caso violentamente dominada por el populismo de derechas que se había apoderado ya de toda la ciudad, la Universidad de Guayaquil desapareció durante quince años como centro de producción de pensamiento, como núcleo de irradiación cultural. En su lugar, la pequeña Universidad Católica contribuyó como pudo a mantener vivos el espíritu crítico y la creación literaria, pero su carácter privado y su consiguiente orientación social elitista le impidió ejercer una influencia mayor. Todavía hoy Guayaquil y el país entero sufren la consecuencia de ese período tan largo de decadencia y retroceso universitario.

En las últimas décadas la literatura, quizá la más popular de las artes por su carácter comunicativo, gracias a su materialidad lingüística, ha experimentado cambios más profundos que las demás artes. En lo que la poesía se refiere, tal cambio debe ser analizado con especial detenimiento. En efecto, como toda poesía de esta era, la ecuatoriana también se reveló permeable a las grandes transformaciones ocurridas en los órdenes culturales en América Latina y Occidente, pero su desenvolvimiento puso de relieve una peculiaridad inesperada. Sabido es que la noción de infinito, expandida en Europa después del giro copernicano, que dejó atrás el cerrado universo cristiano, el sentimiento de soledad provocado por la ruptura de los antiguos vínculos comunitarios y la percepción de lo temporal como progresiva caducidad de lo humano, que habían alimentado la poesía moderna en Occidente y su ámbito de influencia, empezaron a disiparse por doquier en las últimas décadas del siglo XX. Ecuador no escapó a ese hechizo: con la angustia ante la infinitud, la soledad y la fugacidad del tiempo se escribió nuestra poesía clásica y, como en otras literaturas, el despojo de esa herencia es uno de los rasgos de nuestra actualidad, de la vida literaria de las últimas décadas, que se resiste, sin embargo, al total abandono de aquello que le diera sus mayores logros. Porque, extrañamente, en